

AMALIA
ANDRADE

NO SÉ
CÓMO
MOSTRAR
DÓNDE
ME DUELE

AMALIA ANDRADE



NO SÉ
CÓMO
MOSTRAR
DÓNDE
ME DUELE

ÍNDICE

11	¿Por qué un libro sobre emociones, afectos y esas cosas intangibles que nos conforman?
17	No me preguntes más por mí (Tedio)
29	Inventario de saberes sobre las emociones I
39	Ya vas a ver cómo va la misma vida a decantar la sal que sobra en el mar (Esperanza)
55	Inventario de saberes sobre las emociones II
61	Tan faltos de aire, tan llenos de nada (Tristeza)
85	Inventario de saberes sobre las emociones III
95	No juegues a insistir (Decepción)
107	Inventario de saberes sobre las emociones IV
113	Porque con lo que nos queda de nosotras ya no alcanza (Emoción fantasma)
121	Inventario de saberes sobre las emociones V
129	No te olvides del mar (Alegría)
151	Inventario de saberes sobre las emociones VI
165	Nunca pensé que doliera el amor así (Sorpresa)

177	Inventario de saberes sobre las emociones VII
185	Azufre revuelto con miel (Celos)
193	Inventario de saberes sobre las emociones VIII
197	Y fue por ti que aprendí a querer los gatos (Amor)
205	Inventario de saberes sobre las emociones IX
213	Y, así como ves, estoy viva aún (Resiliencia)
221	Inventario de saberes sobre las emociones X
225	Sin almohadas para llorar (Envidia)
235	Celeste, cuéstate lo que me cueste (Asombro)
243	Nota
244	Agradecimientos
246	Bibliografía

NO
ME
PREGUNTES
MÁS
POR
MÍ

(TEDIO)

Comenzaré por decir que no quería escribir este libro. De hecho, no quería volver a escribir, punto. Nada. No solo textos, novelas, cuentos o libros sobre salud mental. No quería escribir listas de mercado, tarjetas de Navidad, mensajes de agradecimiento, dedicatorias en flores un Día de la Madre cualquiera, respuestas a correos electrónicos, mensajes de WhatsApp, registros médicos ni mi nombre. Sobre todo no quería escribir mi nombre.

Mi identidad ha sido un terreno inestable desde el día en el que supe que era adoptada. Puedo decir con certeza que he gastado más horas que la persona promedio (pero no menos que otra persona adoptada) pensando en quién soy, por qué soy como soy, a quién carajos en el mundo me parezco, qué hago acá y todos esos interrogantes que parecen sacados de una canción de Nirvana. No sé cómo se ve una vida sin un hueco en la parte en la que uno entiende quién es uno. Solo sé que cada vez que alguien dice que se parece a sus padres, a mí me duele la cara.





He sabido llenar ese hueco con objetos, sentimientos y rituales. Con lo que sea, en realidad. Con lo que tenga a la mano. Hasta con mis gatos. Cuando miro a Río, le digo que tiene una nariz grande y larga como la mía. Que los dos hablamos mucho y somos tercetos. Le digo que tenemos maneras parecidas de decirles a las personas que queremos que las queramos. Río se acuesta, extiende la pata y me la pone encima de cualquier parte del cuerpo, como para decir: «Mira, acá está mi pata. Yo te quiero». Y yo, estiro mis palabras y aunque no estoy siempre presente, mando un mensaje que dice: «Te pienso. Acá estoy. Yo te quiero».

Y luego está Carmen. Carmen y yo podríamos dormir todo el día, sin reparos. No es una exageración. En eso nos parecemos. Carmen nunca escribiría este libro, y la miro y pienso: yo tampoco quisiera escribirlo, pero acá estoy, porque además de llenar el hueco de mi identidad diciendo que me parezco a mis gatos, lo he llenado diciendo que soy escritora. Entonces, supongo que debo ser consecuente y hacer lo que digo que soy. De otra manera, ¿quién sería?

Una escritora que no escribe. Una hija de tres madres y al mismo tiempo hija de nadie. Demasiado mala dibujante para los que dibujan y no tan escritora para los que escriben. Sería una señora que, después de varios temblores emocionales y un par de tsunamis, solo quiere vivir la vida en el borde. Habitar el terreno de la mitad. Ser un lugar liminal. Aceptar la incertidumbre. Entregarme a la caída y hacerles un velorio grande a la persona que fui, a las cosas que pensé, a los libros que escribí, a todos los «te quiero» que pronuncié.

Bienvenidos al velorio de todos mis YO del pasado. A la izquierda podrá encontrar mesas de comida. Si alguno de los asistentes quisiera colaborar a esta ceremonia de luto trayendo alguna preparación gastronómica para poner en la mesa, está bienvenido. Sin embargo es importante anotar que los yo del presente y futuro siguen manifestando una profunda y neurótica fobia al vómito, por lo cual se pide excluir los siguientes platos/ingredientes de cualquiera de sus aportes culinarios: mariscos (los yo son alérgicos), salmón (trae malos recuerdos), tartar de cualquier clase, ostras, intestinos de cualquier animal en cualquier presentación, comida que esté en su nevera y que usted no recuerde cuánto tiempo lleva ahí, sardinas, hígado.

A la derecha podrán encontrar una pequeña instalación a manera de performance donde actores estarán interpretando todas las herramientas emocionales que usaron los yo del pasado para sobrevivir. No queremos caer en favoritismos, pero recomendamos que no se pierdan la instalación núm. 001- ADICCIÓN AL TRABAJO COMO MÉTODO INFALIBLE PARA NO SENTIR NADA NUNCA y la núm. 009 - ¿HABITAR SENTIMIENTOS? NO, GRACIAS, PREFIERO VIVIR.

Diría que todo esto comenzó con un mensaje de texto, aunque eso sería impreciso. Estas muertes venían cocinándose desde antes, de a poquitos, en el horno de mis entrañas siempre ansiosas. El mensaje de texto fue solo una excusa. El chivo expiatorio de mis angustias. No recuerdo qué día fue. Sé que era el final de la tarde; yo estaba sola en el apartamento y tenía frío. Estaba acostada en el sofá, perdiendo el tiempo en el celular, mirando foto tras foto, hasta que se alumbró la pantalla con una de mi madre biológica. Me tomó por sorpresa. Era extraño verla ahí. Me busqué en su rostro sin mucho éxito y de nuevo me dolió la cara. Ella no sabía que yo podía verla. No sabía que yo era yo. No conocía mi rostro, ni mi voz, ni el sonido de mi llanto. Creo que no tenía ni siquiera manera de saber que existía.

Guardaba hacía más de dos meses su número de teléfono en mi celular. «Algún día le escribiré», me decía. «No es algo que sea urgente para mí», decía. «Es más como una curiosidad fría y casi periodística de saber bien la historia», decía. «Tal vez cuando no sepa de qué escribir, la llamo, le pregunto y me dedico a contar lo que pasó», decía. «Crecí con dos figuras maternas, no es que me falten más», decía.

En la foto estaban ella y su hija, que no era yo. Es decir, su otra hija. Una que sí calificó para quedarse. En el texto que acompañaba la foto, esa hija que no era yo escribía cosas extraordinarias sobre su madre. Que era brillante y generosa. Que era sabia y tenía un gran sentido del humor. Que era la tía favorita de los primos, el alma de la fiesta. Yo no he sido, precisamente, el alma de la fiesta. He *actuado* como el alma de la fiesta, eso sí. En eso soy experta. En actuar. En meterme en el papel de tranquilosqueyovoyaserunaniñaadorablefantásticainteligentegraciosaporque-

los niños así son los favoritos de todo el mundo y esos niños no conocen el sentimiento de abandono creó.

Sin pensarlo mucho, me lancé a redactar el mensaje de texto en un cuaderno, y luego transcribí esa pequeña carta en el computador. Apreté mi vida en dos párrafos y medio. De ahí lo mandé a mi celular y lo envíe. No le conté a nadie. No se lo mostré a nadie. No pedí el consejo de nadie. Simplemente me lancé como si no tuviera nada que perder. Como si no se tratara del principio de todo. Como si no estuviera lidiando con el origen. Una vez di clic en el símbolo de enviar, lo que fuera que se estuviera cocinando adentro de mí hirvió. Cosas que no sabía que tenía escondidas se revelaron de manera atropellada. Comenzó el temblor, pero el temblor era yo misma.

Imposible pararlo.

«NADIE ENCIENDE UNA LÁMPARA Y LA
TAPA CON UNA VASIJA, O LA PONE DEBAJO
DE UN LECHO, SINO QUE LA COLOCA EN
UN CANDELERO, PARA QUE LOS QUE
ENTREN VEAN LA LUZ. PUES NADA HAY
OCULTO QUE NO QUEDE MANIFIESTO, Y
NADA SECRETO QUE NO ACABE SIENDO
CONOCIDO Y DESCUBIERTO. MIRAD, PUES,
COMO OÍIS; PORQUE AL QUE TENGA SE
LE DARA, PERO AL QUE NO TENGA SE
LE QUITARÁ HASTA LO QUE CREE
TENER. >>

EVANGELIO SEGÚN
SAN LUCAS 12:1-3

Después de eso no quise escribir más. Nada. Menos mi nombre. No quise ser nadie. Todavía no quiero. Escribo obligada porque las palabras no dichas se me enquistan como un clavo en el tobillo. Lo único que quiero es estar quieta, sacarme de la piel el pasado, volver a aprender a hablar. Aprender a nombrar las emociones que me tragué siendo niña. La búsqueda llegó a un fin. Solo quiero habitar el lugar liminal, y mientras tanto, observo lo que era y contemplo lo que sé que seré. Encuentro paz en esta tensión. Encuentro confort entre los dos polos.

Dejar ir y ser.

Eso quiero.